

ra su gloria, los ángeles y santos para su alegría, la Iglesia por los frutos inestimables que de Ella le vienen..., y nosotros, ¿qué de bienes no debemos esperar? *Quando sacerdos celebrat, Deum honorat, angelos lætificat, vivos adjuvat, defunctis requiem præstat, et sese omnium bonorum participem efficit...* (1)—Mas no separemos lo que debe siempre estar unido. Nuestros sufrimientos, nuestras humillaciones, esta muerte lenta de un penoso ministerio: unámoslo todo á las humillaciones, sufrimientos, y á la muerte misma de Jesucristo: Digamos á este buen Maestro con San Pablo: *Propter te mortificamur tota die; æstimati sumus sicut oves occisionis* (2).

Sí, Dios mío, abrazo vuestra Cruz, pues por ella desempeño yo, en toda su extensión, el más noble de los oficios de mi ministerio. Por bastante tiempo he ejercido el oficio de sacrificador á vuestras expensas, es preciso que lo haga á las mías. Vos sois mi Víctima, yo quiero ser la vuestra, y ya que Vos no cesáis de inmolaros por mí, yo no he de cesar de inmolarme por vuestra gloria: *Introibo in domum tuam in holocaustis.—Quid est holocaustum? Totum incensum, sed igne divino... Totum meum consumat ignis tuus; nihil mei remaneat mihi; totum sit tibi* (3).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La cruz es la cátedra en que San Andrés ejerció de un modo admirable el oficio de predicador.*—Todo Sacerdote recibe á manera de los apóstoles, como misión principal y capital, el predicar á un Dios crucificado; no lo hace nunca con tanta autoridad como cuando él mismo se halla crucificado: *Crucifixus crucifixum predicabat.*—Demostremos con nuestras acciones que nos hallamos perfectamente convencidos y convenceremos á los demás: *Dabis voci tue*

(1) Imit., l. IV, c. V.

(2) Rom., VIII, 36.

(3) S. Aug. in Ps. LXV.

vocem virtutis, si quod mihi suades, prius tibi videaris persuasisse.—¿Qué deben, pues, hacer los predicadores á fin de que la divina palabra tenga en sus labios toda su eficacia? Llevar en su cuerpo la mortificación de Jesucristo: *Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes.*

PUNTO SEGUNDO.—*La cruz es el altar en que San Andrés ha ejercido del modo más digno el oficio de sacrificador.*—El Santo Sacrificio de la Misa es para el Sacerdote una gloria incomparable, infinito en remedios, pero con la condición de que sacrificando á Jesucristo, se sacrifique á sí mismo. De ahí el creerse San Pablo obligado á terminar en su carne lo que á los sufrimientos del Salvador faltara. Ofrecer á Jesucristo, y ofrecerse á sí mismo con El, hé ahí el perfecto sacrificador. ¿Hallo yo en mí esta perfección como la hallo en San Andrés?

MEDITACIÓN XXI

3 de Diciembre.—S. FRANCISCO JAVIER

Ha dicho de él un escritor: *Totus erat Dei, totus proximi, totus sui.* Es el elogio más cumplido de la perfección sacerdotal y pastoral.

- I. Fué todo para Dios y para su gloria.
- II. Fué todo para el prójimo y para su santificación.
- III. Fué todo para sí mismo y para su propia perfección.

PUNTO I

Javier fué todo para Dios y para la gloria de Dios

Totus erat Dei. Débese entender esto, después de su conversión; pues deploró los años que, estériles cuando menos, precedieron al día en que sus ojos abriéronse á la claridad de la antorcha evangélica: *Quid*

prodest, etc.? El retiro que entonces hizo, bajo la dirección de San Ignacio, acabó de disipar sus ilusiones. Desde el momento en que conoció la vanidad de todo lo que no es Dios, no tiene sino un solo deseo, amar á Dios y ganar para El muchas almas. ¡Con qué ánimo tan decidido no se le vió entonces pelear contra todo lo que en él se oponía al servicio del divino amor! De puerta en puerta va mendigando una limosna, él que había sido tan delicado por lo que respecta á la honra mundana; presta á los enfermos en los hospitales los más humildes servicios, él tan orgulloso, tan ávido de humanas consideraciones. ¡Qué sacrificio no se impone cuando, al alejarse de su patria, que ya no habría de ver jamás, y al pasar muy cerca del castillo de Javier, rehusa el ir á dar el último adiós á su querida madre!

Un corazón tan desprendido de las criaturas estaba dispuesto por completo al amor divino; y en él se abrasó. Parecía el rostro de Javier á menudo, encendido cual de fuego, arrasados sus ojos en lágrimas; y profería entonces estas palabras que eran como chispas de la llama que en su interior ardía: «¡Oh Santísima Trinidad! ¡Oh Jesús mío! ¡Oh Jesús amor de mi corazón!» Hubiera deseado derramar toda su sangre para ahorrarse una sola ofensa á la Majestad divina. «Tengo horror á la vida, escribía á un amigo; preferiría la muerte á ver tantos ultrajes como á Cristo se hacen, sin poderlos, ni impedir, ni reparar.» ¡Cuántos sufrimientos para llevar á lejanas tierras y por doquiera, si hubiera podido, el conocimiento del amor de Dios!... Y después de tantas fatigas, después de haberse inmolido tantas veces y de tantos modos creía no haber hecho nada. Se le oía durante sus oraciones prorrumpir en suspiros acompañados de estas palabras: *quis mihi det ut moriar pro te, ut cognoscant te omnes fines terræ?* Declaraba, poco antes de su muerte, que era su intención, después de haber sometido á Dios el vasto imperio de la China, penetrar en la Tartaria, volver luego á Europa á combatir la herejía y reformar las costumbres depravadas; ir después al Africa, pasar final-

mente al Asia, para buscar allí y conquistar nuevos reinos para Jesucristo. He ahí el celo que el amor inspira. *Magna res est amor, magnum omnino bonum...., ad magna operanda impellit, et ad desideranda semper perfectiora excitat.... Amans volat, currit et lætatur.... Amor modum sæpe nescit; sed super omnem modum fervescit.... De impossibilitate non causatur, quia cuncta sibi posse et licere arbitratur* (1).

Mas si este es el verdadero amor, ¿qué debo yo pensar del mío? Ofréceseme una reflexión de importancia grandísima. Javier murió á los cuarenta y seis años. Diez años le bastaron para llevar á cabo inmensos proyectos para la gloria de Dios y salud de las almas. Y yo, que soy Sacerdote desde tanto tiempo hace, voy avanzando en edad, pero ¿qué he hecho por Dios y por mis hermanos?... Sin embargo, ¡oh alma mía! es necesario tomar una resolución: ó glorificar á Dios durante esta vida amándolo y haciéndolo amar, ó ser de El separado y odiado en la otra por toda la eternidad.... ¡Oh Dios mío! yo quiero ser todo de Vos. ¿Qué es lo que hasta el presente me ha impedido el que os amase? ¿Yo mismo? Pues quiero vencerme. ¿El demonio? Pues bien, le opondré fuerte resistencia. ¿El mundo y su vanidad? De hoy más será mi desprecio.

PUNTO II

Javier fué todo para el prójimo y para la santificación del prójimo

Totus erat proximi. Su caridad á todo se extendía; al cuerpo y al alma, al tiempo y á la eternidad. Parecía no haber nacido sino para ser el consuelo de los que padecían; el prestar servicios, era lo que llamaba él sus delicias. Pero su amor al prójimo se señala de un modo singular por el sacrificio que hizo de entregarse enteramente á salvar almas. Pue-

(1) *Imit.*, l. III, c. V.

dese decir de él lo que San Juan Crisóstomo dijera de San Pablo: que su celo le dió alas para volar por todo el universo á la conquista de almas..... *Quasi pennatus totum peragravit orbem*. Cuando se intenta enumerar sus viajes por tierra y por mar, con medios de comunicación tan limitados entonces, no puede uno menos de maravillarse como en tan poco tiempo hubiera podido hallarse en tan diversos y distantes lugares; y sin embargo ha predicado, bautizado y administrado los demás Sacramentos: arrancó de raíz la idolatría, reformó las costumbres y estableció la fe, y la piedad cristiana.

Arrancar al infierno y llevar al Cielo almas inmortales, creadas á imagen de Dios y redimidas con la Sangre de Jesucristo, era su sostén, era su alimento, era su vida. El trabajo, hecho con fin tan noble, le parecía reposo; los sufrimientos eran su alegría; los peligros y dificultades lejos de atemorizarle, lo animaban. ¿Se quiere que renuncie al designio de convertir los habitantes de una isla salvaje? Los horrores con que la pintan inflaman aún más sus deseos. A todas las razones que le oponen, se contenta con responder, que si en esa isla abundasen las riquezas, más de un comerciante hubiese ya penetrado en ella; y pregunta indignado, que si el amor de las almas será menos intrépido que el amor del oro. «El mayor de los males, decía, es la desconfianza en Dios en medio de los peligros.» ¿Amo yo al prójimo de este modo? ¿Qué compasión he tenido de sus males tanto materiales como eternos?

PUNTO III

Javier fué todo para sí mismo y para su propia perfección

Totus erat sui. Uno de los escollos de la vida apostólica y del ministerio pastoral es de entregarse sin reserva á las ocupaciones exteriores y de olvidarse de sí propio. Ya Jesucristo lo reprochaba al obispo de Efeso: *Scio opera tua, et laborem, et patien-*

tiam tuam, et quia non potes sustinere malos. Si tiene celo, se entrega uno á los trabajos, y ni le arredran las penas ni la fatiga..... Pero si deja disipar el espíritu, se enfría el alma, el corazón se vuelve árido, pues ya no se le proporciona el pan de la oración y de los ejercicios de piedad (1). La caridad cede bien pronto el lugar á la tibieza: *Sed habeo adversum te, quod charitatem tuam primam reliquisti*. Javier supo preservarse de este gran mal. Jamás Sacerdote alguno fué más cuidadoso de su propia santificación, pues al mismo tiempo que con ardor trabajaba, este mismo ardor le consumía por la santificación de sus hermanos. Tenía su tiempo determinado para tratar con Dios, y entonces olvidaba al prójimo por el interés de su mismo prójimo. Durante el tiempo de su permanencia en Goa, se retiraba al campanario de la iglesia á fin de que en las dos horas que á la oración consagraba no fuese de nadie interrumpido. Igualmente en sus viajes por mar regularmente dedicaba á la oración desde la media noche hasta la salida del sol. Era también fiel á las demás prácticas piadosas que entran á formar parte de la vida del buen Sacerdote; exámenes, visitas al Santísimo Sacramento, retiros, etc. Manteniendo de este modo y perfeccionando siempre más su unión con Dios, estaba continuamente dispuesto á secundar lo que era objeto de sus misericordias por la salud de las almas. Unión perfectísima de la acción y de la contemplación: la admiro en todos los hombres apostólicos, pero ¿existe en mí?

¡Oh Javier! el celo no se apaga en la Gloria puesto que es el afecto del amor, y donde la caridad recibe su perfección más alta, allí será el celo más ardiente. Por vuestro celo y amor á Dios y al prójimo os suplicamos que dirijáis vuestra mirada sobre los herederos de vuestro sacerdocio. En sus manos está la gloria de Dios y la felicidad del mundo entero; pedid para ellos la gracia de que comprendan tan

(1) *Aruit cor meum, quia oblitus sum comedere panem meum*. (Ps. CI, 5).

alta misión: á fin de que sean capaces de desempeñar su grande y difícil cometido, obtenedles la gracia de que, á ejemplo vuestro, sean todo para Dios, todo para sus hermanos, y todo para sí mismos.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Javier fué todo para Dios.*—Desde que á la claridad de la antorcha evangélica, *Quid prodest*, reconoció la vanidad de las criaturas, únicamente un solo deseo le domina: amar á Dios y ganarle muchas almas. ¡Con qué ánimo y valor destierra de sí todo lo que se opone de algún modo al reinado perfecto del amor divino! ¡Cuántos padecimientos soportados para llevar á lejanos países el conocimiento del amor de Dios! Diez años le han bastado para llevar á cabo tan grandes proyectos para la gloria de Dios. Y yo que soy Sacerdote tantos años há, ¿qué hago en favor de la causa divina?

PUNTO SEGUNDO.—*Javier fué todo para el prójimo.*—Extiéndese su caridad á todo: á las necesidades corporales, pero ocupando con preferencia todos sus desvelos las espirituales. ¡Qué celo por la salud de las almas! *Quasi pennatus totum peragravit orbem*. Arrancar al demonio y al infierno el mayor número posible de almas y llevárselas á Dios era su única ambición. Para obtener este fin todos los trabajos son nada; los peligros, lejos de amedrantarlo, lo animan cada vez más.

PUNTO TERCERO.—*Javier fué todo para sí y para su propia perfección.*—Evita uno de los grandes escollos de la vida apostólica, abandonarse á sí mismo, para no atender sino á los demás. Tiene determinado el tiempo para tratar con Dios, en el que olvida al prójimo por el interés del mismo prójimo. Hasta en sus viajes se entregaba á la oración, ordinariamente desde la media noche hasta la salida del sol. ¡Oh Dios mío! ¡Qué lejos me hallo de imitar un modelo tan perfecto!

MEDITACIÓN XXII

Repetición de la precedente sobre estas palabras:

Satis est, Domine, satis est.

El Apóstol de las Indias y del Japón se manifestó todo tal cual era al dejar salir de su corazón las anteriores palabras: en ellas puso de manifiesto

- I. Su amor hacia Dios.
- II. Su celo por la salvación de las almas.
- III. Su humildad con respecto á sí mismo.

PUNTO I

Satis est, Domine, satis est.—Su amor hacia Dios

En estas palabras se descubre la naturaleza y la fuerza, la pureza y el desinterés de este amor.

1.º Una alma todavía débil en la caridad, se deja fácilmente distraer y llevar de mil objetos, aun en el tiempo mismo que dedica á la oración. Apenas sale de sus piadosos ejercicios, se engolfa en las ocupaciones ordinarias, y ya no tiene ni un pensamiento para las cosas del Cielo. Muy al contrario obra un corazón abrasado de amor de Dios; no se separa tan fácilmente de El. San Francisco Javier encontró en todas partes el amor de Aquel que era el blanco de todas sus aspiraciones. Tanto en el ruido de las ocupaciones, como en el silencio del descanso. Tanto en medio de esta innumerable multitud de infieles ó de cristianos recién convertidos que le rodean, como en la soledad. A todas partes llevaba el Cielo consigo mismo, permaneciendo siempre unido á Dios. Algunas veces, en que él parecía más absorto en el desempeño de su ministerio, daba á conocer el secreto de sus comunicaciones con el Señor, y los consuelos

con que era regalado por estas palabras: *Satis est, Domine, satis est*. El atendía de tal suerte á su ministerio, que se hubiera dicho que no se ocupaba de otra cosa; él estuvo tan unido á Dios y con una libertad tal de espíritu, que se hubiera creído que no atendía más que á Dios.

2.º Amor puro y desinteresado. *Deus meus et omnia. Quid mihi est in cælo, et a te quid volui super terram?* Tal es la caridad de los Santos, tal fué la de San Francisco. El no atendía más que á Dios. Los favores espirituales con que el Señor le colmaba, eran, por decirlo así, para él como una carga. El padecía por ser tan escasos sus padecimientos y de encontrar tan ligera la carga del cumplimiento de sus obligaciones. El hubiera preferido servir á un Maestro tan bueno, por la sola razón de amarle, prescindiendo de la mezquindad de sus propios intereses. «Basta, Señor, basta. Yo creo que vuestros consuelos alteran la pureza de mi amor, y amando yo vuestros dones se disminuye mi amor hacia Vos.» *Hæc pura et defæcata intentio voluntatis*, dice San Bernardo, *quæ nihil habet de proprio, sed totum divinum; sic affici deificari est* (1). Pero qué raro es ¡oh Dios mío! este perfecto desinterés en vuestro amor! ¿No lo ha dicho acaso vuestro Apóstol: *Omnes quæ sua sunt quærent?* ¿Lo habéis visto por lo menos alguna vez en el corazón de vuestros ministros? Necesitarían el reproche que Vos dirigisteis á los sacerdotes del Antiguo Testamento: *Quis est in vobis qui claudat ostia et incendat altare meum gratuito?* (2). Yo sé que Vos les recomendasteis la esperanza más bien que el amor, y que vuestros más fieles servidores se animan á la práctica de vuestra santa ley pensando en la recompensa: *inclinavi cor meum ad faciendas justificationes tuas in æternum propter retributionem*; así lo haré también ¡oh Señor! pues que me lo exige mi flaqueza; pero ya que durante mi vida este amor puro y sin interés no

(1) *De amore Dei.*

(2) Mal., I. 10.

puede formar en mí un estado permanente, al menos con la ayuda de vuestra gracia, quiero que mis actos de amor sean más frecuentes.

PUNTO II

Satis est, Domine, satis est.—Su celo por la salvación de las almas

Estas palabras manifiestan la ardiente generosidad, acompañada de discreción y paciencia.

1.º Generosa actividad de su celo. Su corazón está inundado del gozo más puro y en cualquier parte del mundo donde se encontrara, gozaba de las delicias del Cielo. Mas el triste pensamiento de que tantas almas no conocen á Dios y se pierden irremisiblemente, le encendía en deseos de salvarlas. Creía que entregándose demasiado á las dulzuras de la piedad, sería presa de una especie de insensibilidad con respecto á sus desgraciados hermanos. Por lo cual, á fin de no perder un instante de tiempo y emplearlo todo en instruirles y santificarles, él prefería dejarlo todo al mismo Dios, para ocuparse exclusivamente en la salvación de las almas. ¡Oh!; Cuánto se complace Dios con esta noble abnegación! Es otro Aarón que renuncia los consuelos del Tabernáculo, para precipitarse con el incensario en la mano entre los vivos y los muertos, entre las vengadoras llamas y los hijos de Israel que van á ser devorados (1). No, esto no es de ningún modo dejar á Dios, sino dejarse á sí mismo, para encontrar á Dios.

2.º Sabia discreción, compañera inseparable del verdadero celo. Saberse moderar á tiempo no es una virtud pequeña: *Magnæ virtutis est cum felicitate luctari; magnæ felicitatis a felicitate non vinci* (2). Si muchos Sacerdotes se hastían de entregarse al ministerio de la salvación de las almas, cuyo móvil

(1) Num., XVI, 46.

(2) S. Aug.

no es otro que un amor desmedido á la tranquilidad de la vida interior, en vez de dejarse guiar del celo, se han ido más lejos de lo que era menester. El mismo peligro existe al hacer más de lo que Dios quiere, que en hacer tanto como Él desea. Javier sentía, que si él no moderaba su fervor, este, arrastrándole á algún exceso, le haría incapaz de hacer mucho bien: «basta, Señor, basta; Vos me encomendáis que sea prudente y yo quiero serlo:» sin embargo estas palabras nos revelan mejor su paciencia y su deseo de padecer.

3.º Es de todo punto necesario amar los sufrimientos para no sucumbir jamás al peso de las pruebas anejas á la vida apostólica. San Francisco Javier no sólo los amaba sino que parecía insaciable. De ahí que se quejara tan tiernamente en estos términos: «Basta, Señor, basta. ¿Por qué prodigáis tantos y tan dulces consuelos á quien no desea sino sufrir por Vos y por las almas? Ya que ellas os son tan queridas, y no pueden salvarse sino por la cruz, dejadme, por su salvación, unir mis ligeros dolores á los de vuestro Hijo.» Dió á conocer muy bien la pasión que tenía por la cruz, cuando al punto de partir para las Indias, al manifestarle Dios las muchas tribulaciones que tenía que padecer por la salvación de sus hermanos, él se expresaba tan vivamente en estos términos: «*Más aun, Señor, más aun.*» Acepto con gusto las tempestades, los naufragios, las privaciones, los sufrimientos, las angustias que Vos me prometéis ¡oh Dios mío! otorgádmelas y con colmo: *Amplius, Domine, amplius.* Hé ahí el heroísmo del celo sacerdotal. ¿Encuentro en mí algunas señales de este celo? Si se trata de beber el cáliz de los sufrimientos de Jesús, apenas me lo acerco á los labios ya me quejo de su amargura y los encuentro sobrados; pero si se trata de sucesos lisonjeros, de consuelos sensibles, digo de buena gana: «*Más, Señor, más.*»

PUNTO III

Satis est, Domine, satis est.—Su profunda humildad

San Francisco desconfía de sí mismo, se menosprecia y desea ser menospreciado: tres caracteres de la sólida humildad expresados admirablemente por estas palabras:

1.º Los Santos quisieran, si les fuera posible, dar á Dios tanto como de Él reciben, y esto sería justo. Pero conociendo su flaqueza y sabiendo que los grandes favores del Cielo exigen gran correspondencia, temen faltar á la fidelidad perfecta, y piden al Señor, ó que ensanche el vaso destinado á contener el celestial licor de su gracia, ó que no lo derrame con tanta abundancia, por temor de que se desperdicien algunas gotas: «Basta, Señor, basta; mi corazón rebosa. No permitáis que inutilice la mínima porción del talento que tuvo á bien vuestra bondad confiarme. Prefiero recibir con medida vuestros favores, que exponerme á la desgracia de no usar de ellos con toda la santidad que merecen.» ¡Qué oración más agradable á Dios! ¡Qué hermoso homenaje tributado á su liberalidad y á la excelencia de sus dones!

2.º Mas Javier no se contenta con desconfiar de sí mismo; desprecia á sí mismo y nada teme tanto como ser apreciado. Fué cosa de notarse durante toda su vida después de su conversión. En multitud de cartas llámase hombre malísimo, gran pecador, y se dirige á sus hermanos rogándoles intercedan por él para con Dios. «Importa de un modo especial para mi consuelo, les escribía un día, que sepáis la extraña pena que me aqueja. Como Dios conoce la multitud y gravedad de mis pecados, tengo un pensamiento que no cesa de atormentarme, y es el temor de que mis culpas impidan el buen éxito de nuestras empresas.» En cuanto á los milagros que obraba eran efecto, según él decía y creía, de la inocencia

de los niños, de la cual tenía costumbre de valerse para obrarlos, ó de la fe de los que pedían.

3.º La honra más insignificante que se le quería tributar le servía de confusión. Cuando ruega al Señor que modere la profusión de sus favores: *satis est, Domine, satis est*, asegura que es indigno de los favores que recibe, que se ruboriza de ellos, que tiembla al pensar que el mundo puede llegar á apercibirse, y cobrar estima á un pecador que únicamente se merece su desprecio.

¡Oh Dios mío! Si la humildad se concilia con lo que más excita la admiración entre los hombres, las gracias extraordinarias, el poder de los milagros... ¿no debe ser mucho más fácil para aquel que no puede disimular el profundo abismo de sus miserias? Inspiradme amor á la abyección, haced que sea justo para buscar únicamente el desprecio de los hombres. Tengo infinitamente más motivo de aniquilarme ante vuestra presencia que el santo Sacerdote cuyas virtudes acabo de meditar. Si me dáis su humildad me daréis con ella todas sus virtudes; atraerá sobre mí vuestras misericordias que será base de todo bien; pues ella es: *Sapientiæ solium, gratiæ pallium, gloriæ præludium* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Su amor á Dios.*—«¡Basta, Señor, basta!» Fuerza de este amor. Cuando un corazón está íntimamente unido á Dios, lo mismo le halla en el ruido de los negocios, que en la tranquilidad del silencio. En medio de los negocios más importantes, hallábase Javier poseído del divino espíritu y exclamaba: *satis est, Domine, satis est.*—Amor desinteresado. No amaba sino á Dios. Padecía por hallar tanta felicidad en el desempeño de sus deberes... Basta, Señor, basta: temo que alteren vuestras dulzuras la pureza de mi amor

(1) S. Amb., in Ps. CXVIII, v. 50.

y que amando vuestros celestiales dones, no os ame á Vos mismo.

PUNTO SEGUNDO.—*Su celo por la salud del prójimo.*—Gozó del Cielo estando aún sobre la tierra; pero dirígese su pensamiento á tanta multitud de almas como se pierden. Prefiere dejarlo todo, hasta al mismo Dios, para ir en su ayuda.—Siente que si no modera su fervor podrá llevarle á algún exceso, con perjuicio de lo que debe á las almas.—Ama los sufrimientos, medio eficacísimo para contribuir con éxito á la salud de las almas; y de ahí esta queja: Basta, Señor, basta de consuelos; aumentad los trabajos y las tribulaciones: *Amplius, Domine, amplius.*

PUNTO TERCERO.—*Su profunda humildad.*—Javier desconfía de sí mismo, se desprecia y desea ser despreciado. Prefiero, Señor, recibir vuestros dones con medida que verme expuesto á la desdicha de no usar de ellos bastante santamente. Además, poseído de desprecio por sí mismo nada teme tanto como ser apreciado... ¿Qué hace al quejarse de las prodigalidades del Señor para con Él?—Protesta que es indigno de estos favores y tiembla al pensar que el mundo de ello llegará á tener noticia y apreciará á quien no debe más que desprecios. ¡Oh Dios mío! Concededme la humildad: *Ella es el trono de la sabiduría, el manto de la gracia, prelude de la gloria.*

MEDITACIÓN XXIII

8 de Diciembre.—*El privilegio de LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA considerado con relación á la Madre de Dios.*—*En este privilegio todo es gloria para María*

- I. Razones por las cuales María debió ser Inmaculada en su Concepción.
- II. Como sucedió esto.
- III. Honores que con ocasión de este misterio recibió María.